

Relaciones Internacionales y la Diplomacia del Agua

Recursos Hídricos y Soberanía. Las disputas por las aguas del Nilo Azul entre Etiopía, Sudán y Egipto

Índice

I. MARCO TEÓRICO Y METODOLOGÍA

I.1 Estado de la cuestión

I.2 Paradigmas de las relaciones internacionales

- Realismo
- Liberalismo
- Constructivismo

I.3 Pregunta de investigación y objetivos

- ¿De qué manera las estrategias diplomáticas de Etiopía, Sudán y Egipto han moldeado la gestión y distribución de las aguas del Nilo Azul?
- ¿Qué papel juegan las dinámicas diplomáticas en la resolución o escalada del conflicto entre Etiopía, Sudán y Egipto por las aguas del Nilo Azul?
- Analizar las estrategias diplomáticas empleadas por los tres países.
- Examinar cómo las alianzas y competencias afectan las negociaciones.
- Evaluar si es posible encontrar una solución cooperativa al conflicto.

I.4 Hipótesis

- El desequilibrio de poder y los intereses políticos divergentes entre Etiopía, Sudán y Egipto obstaculizan la construcción de acuerdos diplomáticos duraderos para la gestión del Nilo Azul.
- La posición geográfica y los acuerdos históricos previos han otorgado a Egipto mayor poder en las negociaciones, dificultando los intentos de Etiopía y Sudán por redefinir la diplomacia del agua en términos más equitativos.

I.5. Marco temporal y geográfico

I.5.1. Marco temporal

- Período de Colonización (Siglo XIX - XX)
- Período post-colonial (1960 a 2010)
- Inicio del conflicto por la GERD (2011- ahora)

I.5. 2. Marco geográfico

- Países con influencia directa (Egipto, Sudán y Etiopía)
- Países con influencia externa (Israel, Jordania, Unión Africana y EEUU)

I.6. Marco teórico

- Realismo
- Liberalismo
- Constructivismo

I.7. Metodología

- Analizar de forma cualitativa documentos y tratados internacionales
- Revisar las posiciones públicas de los 3 estados
- Comparar estudios académicos

II. ANÁLISIS DE LOS CASOS SELECCIONADOS

II.1. Etiopía, Sudán y Egipto

II.1.1. El conflicto hídrico: La Gran Presa del Renacimiento (GERD) y las tensiones entre los países

II.1. 2. Intereses y estrategias de los tres estados: competencia y alianzas

II.1.3. Perspectivas desde el realismo, liberalismo y constructivismo

Para el realismo:

- Egipto como potencia regional que considera el agua del Nilo como una cuestión de seguridad nacional.
- Etiopía busca mayor control de sus recursos como parte de su desarrollo y autonomía.
- Sudán en una posición intermedia, evaluando sus intereses y posibles alianzas.

Para el liberalismo:

- Los tratados de 1929 y 1959 entre Egipto y Sudán
- Creación de organizaciones y comités conjuntos para la gestión del agua (como la iniciativa del Nilo)

Para el constructivismo:

- Cómo las narrativas de soberanía y colonialismo afectan las negociaciones: Egipto se presenta como defensor del orden, mientras que Etiopía insiste en su derecho soberano a usar el agua.
- Egipto ha controlado el flujo del Nilo por décadas, y Etiopía ahora busca reivindicarse.

III. Discusión

III.1 Estudio de las variables del conflicto (competencia, cooperación e identidad)

III.2 Propuestas de solución y Casos exitosos de cooperación hídrica

III.3 Posibles escenarios y desenlaces

- Escenario 1
- Escenario 2
- Escenario 3

IV. CONCLUSIÓN

V. BIBLIOGRAFÍA

1. ANEXOS

Anexo 1: Mapa de la cuenca del Nilo Azul y las infraestructuras hídricas

Anexo 2: Cronología de eventos relevantes en el conflicto

Abstract

El conflicto por las aguas del Nilo Azul entre Etiopía, Sudán y Egipto ha evolucionado en torno a intereses estratégicos, históricos y políticos, convirtiéndose en un caso emblemático de la diplomacia del agua en África. La construcción de la Gran Presa del Renacimiento (GERD) por parte de Etiopía ha reavivado tensiones que se remontan al período colonial, con Egipto defendiendo su posición histórica de control sobre el flujo del Nilo y Sudán navegando entre la cooperación y la competencia. La gestión de los recursos hídricos en esta región no solo afecta la seguridad hídrica de las naciones implicadas, sino que también refleja dinámicas más amplias de poder regional, alianzas internacionales y dependencia histórica de tratados desactualizados.

Este estudio emplea los paradigmas de realismo, liberalismo y constructivismo para comprender cómo las estrategias diplomáticas de los tres países han moldeado la gestión del

Nilo Azul y perpetuado o avivado conflictos. El análisis revela cómo las alianzas y competencias afectan las negociaciones y la posibilidad de alcanzar soluciones cooperativas. La hipótesis sugiere que los desequilibrios de poder, junto con los acuerdos históricos favorables a Egipto, dificultan los intentos de Etiopía y Sudán por redefinir las reglas de la diplomacia del agua. A través de un enfoque cualitativo, se examinan tratados, documentos y posturas públicas, considerando también la influencia de actores externos como Israel, la Unión Africana y Estados Unidos en la evolución del conflicto.

Palabras clave: presa, canales, colonialismo, protectorado, diplomacia, cultivos, pobreza, alimentación, orden, extracción, explotación, suministro, interés, economía, Nilo Azul, cooperación, constructivismo, liberalismo, realismo.

II.1.1. El conflicto hídrico: La Gran Presa del Renacimiento (GERD) y las tensiones entre los países

El Nilo, vital para Egipto, Sudán y Etiopía, ha sido históricamente un eje de tensiones, agravadas con la construcción de la GERD, un proyecto hidroeléctrico de gran envergadura que Etiopía considera clave para su desarrollo. Sin embargo, Egipto y Sudán ven en la GERD una amenaza potencial a su acceso al agua del Nilo, en el que ambos países dependen profundamente. Este apartado estudia las raíces históricas del conflicto, las dinámicas coloniales que marcaron las relaciones entre estos países y cómo las tensiones actuales reflejan tanto cuestiones de seguridad como reivindicaciones de justicia histórica.

Durante el *periodo colonial*, el Imperio Británico reconoció rápidamente la importancia estratégica del Nilo para Egipto y adoptó políticas destinadas a asegurar el flujo continuo del río para sus propios intereses en la región. Bajo control británico desde 1882, Egipto dependía casi exclusivamente del río para irrigar sus tierras, sosteniendo así una economía agrícola altamente vulnerable (Abbink, 2006).

En 1929, el gobierno británico firmó un tratado con Egipto que garantizaba la asignación preferencial del caudal del Nilo al país, otorgándole además el derecho de veto sobre cualquier proyecto aguas arriba que pudiera alterar el flujo del río. Este acuerdo, negociado en un contexto colonial, consolidó la percepción de Egipto de un control exclusivo sobre el Nilo y reforzó su dependencia de este recurso vital. La agricultura, la seguridad alimentaria y la estabilidad social y económica del país, estaban directamente ligadas al suministro constante de agua del Nilo (Flors-Orrit Calmet & Valls Carafí, 2021).

En el contexto del auge del nacionalismo egipcio, que buscaba reducir la influencia británica, Egipto fue declarado protectorado en 1914 y obtuvo una independencia limitada en 1922. Sin embargo, las tensiones entre ambos países continuaron, evidenciadas por la construcción de una segunda presa en El-Gezira (entre los ríos Nilo Azul y Nilo Blanco en el centro de Sudán) por parte del Reino Unido, como una medida para controlar los flujos hídricos hacia Egipto. Este período destaca sobre todo por su urgencia por garantizar la estabilidad hídrica como base para su desarrollo económico y político (Abbink, 2006).

En 1959, tras lograr la independencia total, Egipto firmó con Sudán el *Acuerdo de Aguas del Nilo*, que reforzó aún más su control sobre el río. Según este tratado, Egipto recibiría el 55.5%

del caudal anual del Nilo, mientras que Sudán recibiría el 18.5%. Etiopía, siendo un país que aporta aproximadamente el 85% del agua del Nilo a través del Nilo Azul, fue excluida de este acuerdo, lo que consolidó la visión egipcia de que los estados aguas arriba no tenían voz en la gestión del recurso (Abbink, 2006).

La construcción de la Gran Presa del Renacimiento Etíope (GERD) en 2011 marcó un punto de inflexión en esta narrativa. Para Egipto, la GERD representa tanto una amenaza técnica, al otorgar a Etiopía la capacidad de regular el flujo del río, como también un desafío estratégico y simbólico. Egipto teme que el llenado y operación de la presa puedan reducir significativamente el caudal del Nilo durante períodos críticos, como sequías prolongadas, porque pondría en riesgo su agricultura y seguridad alimentaria. Por el rápido crecimiento poblacional y el aumento en la demanda de recursos hídricos, el control del Nilo sigue siendo una cuestión de supervivencia nacional para Egipto. La GERD, en este sentido, ha intensificado preocupaciones históricas, obligando a Egipto a buscar acuerdos diplomáticos y apoyo internacional para proteger su acceso al recurso más vital del país (Abbink, 2006).

A diferencia de Egipto y Sudán, Etiopía no fue formalmente colonizada debido a una combinación de factores estratégicos, geográficos, diplomáticos e históricos. Uno de los elementos más destacados fue la victoria en la Batalla de Adwa en 1896, donde Etiopía derrotó al ejército italiano. Este triunfo marcó un momento crucial en la historia del colonialismo en África, ya que consolidó la soberanía del país y demostró su capacidad militar y estratégica bajo el liderazgo del emperador Menelik II. Este monarca movilizó un ejército bien equipado con armas modernas adquiridas mediante acuerdos con potencias europeas, una medida que fortaleció su defensa frente a las ambiciones coloniales italianas (Shinn & Ofcansky, 2013).

La geografía montañosa de Etiopía desempeñó un papel crucial en su resistencia frente a la colonización europea. Según Marcus (1994), "las características topográficas de Etiopía, con sus cadenas montañosas y valles profundos, dificultaron enormemente la ocupación militar y el control administrativo por parte de las potencias europeas, desalentando intentos de conquista prolongada". Además, Menelik II utilizó una diplomacia hábil, firmando tratados con Francia, Gran Bretaña y Rusia, lo que aseguró el apoyo o la neutralidad de estas naciones frente a los intentos de colonización italiana. El legado histórico y cultural también fue determinante; la fuerte identidad nacional de Etiopía, basada en su historia como uno de los reinos más antiguos del mundo y en la Iglesia Ortodoxa Etíope, unificó a la población en torno a una tradición religiosa y cultural compartida. El linaje histórico etíope, que según la tradición

se remonta a la Reina de Saba y el Rey Salomón, reforzaba el sentido de legitimidad y unidad nacional. Esta identidad permitió a Etiopía mantener cierto grado de independencia en la gestión de sus recursos naturales. Sin embargo, no la eximió de las presiones coloniales, especialmente en torno al Nilo. Como principal contribuyente al caudal del río, a través del Nilo Azul, Etiopía aporta aproximadamente el 85% del agua que llega a Egipto, lo que la convirtió en un objetivo de las potencias coloniales, particularmente Gran Bretaña, que buscaban asegurar un flujo ininterrumpido hacia Egipto y Sudán para proteger sus intereses en la región.

En 1902, Etiopía y Gran Bretaña firmaron el Tratado de Addis Abeba, que establecía que Etiopía no podía desarrollar proyectos en el Nilo Azul, el lago Tana o el río Sobat que pudieran afectar el flujo hacia Egipto sin el consentimiento británico (Revista de Estudios Colombianos, 2023). Aunque este acuerdo nunca fue ratificado ni implementado formalmente dentro de Etiopía, refleja el esfuerzo británico por restringir el control etíope sobre los recursos hídricos del Nilo en favor de Egipto. En la práctica, aunque Etiopía no cedió soberanía directa sobre el río, estas restricciones, sumadas a la falta de infraestructura y recursos, limitaron sus aspiraciones de utilizar el Nilo para su propio desarrollo durante la era colonial (Universidad Externado de Colombia, 2020). Mientras tanto, Egipto y Sudán continuaron beneficiándose ampliamente del río gracias a acuerdos coloniales diseñados para excluir deliberadamente a Etiopía del acceso a su propio recurso natural.

Tras la descolonización, Etiopía reconoció el potencial estratégico del Nilo para su desarrollo económico y energético. Durante gran parte del siglo XX, el país enfrentó limitaciones significativas, como la falta de infraestructura y financiamiento, que impidieron la explotación del río (Universidad Externado de Colombia, 2020). Este panorama cambió con la construcción de la Gran Presa del Renacimiento Etíope (GERD) en el siglo XXI, un proyecto que representa no solo una solución a las necesidades energéticas del país, sino también un símbolo de independencia y justicia histórica (Africaye, 2016).

Iniciada en 2011, la GERD es el proyecto de infraestructura más ambicioso de Etiopía hasta la fecha. Diseñada para generar más de 6.000 MW de energía hidroeléctrica, la presa busca transformar la economía etíope, proporcionando electricidad a millones de personas y creando oportunidades para la exportación de energía a países vecinos (Universidad Externado de Colombia, 2020). Para Etiopía, este proyecto es una afirmación de su derecho soberano a

utilizar los recursos del Nilo, especialmente después de décadas de exclusión de acuerdos como los tratados de 1929 y 1959, que favorecieron exclusivamente a Egipto y Sudán (Emam, 2024).

Desde la perspectiva etíope, la GERD es una necesidad económica y también un acto de reivindicación histórica. Etiopía argumenta que, como principal contribuyente al caudal del Nilo, tiene el derecho legítimo de beneficiarse de este recurso. El país considera la presa como una herramienta para romper con un sistema desigual heredado del colonialismo, que priorizó a los estados aguas abajo. Sin embargo, este proyecto ha generado tensiones de alto voltaje con Egipto y, en menor medida, con Sudán, que temen que el control etíope sobre el flujo del río pueda afectar su acceso al agua (Emam, 2024).

Etiopía ha defendido la GERD como un proyecto sostenible y cooperativo, argumentando que regulará el caudal del Nilo y reducirá los riesgos de inundaciones en Sudán (Swissinfo, 2020). A pesar de ello, el llenado del embalse de la presa ha sido un punto crítico en las negociaciones con sus vecinos. Etiopía insiste en su derecho soberano a manejar este proceso, mientras que Egipto y Sudán exigen acuerdos vinculantes para garantizar un flujo estable, especialmente durante períodos de sequía (Swissinfo, 2020).

Además, la GERD ha elevado la posición de Etiopía como un actor regional clave. La financiación interna del proyecto refuerza su independencia económica, mientras que su capacidad hidroeléctrica proyectada posiciona al país como un potencial exportador energético en el noreste de África. A pesar de los desafíos diplomáticos, la GERD es vista dentro de Etiopía como una herramienta para fortalecer su economía, afirmar su soberanía y redefinir las relaciones de poder en torno al Nilo (Africaye, 2016).

La extracción de recursos en Etiopía ha sido un tema central en su economía, con el control de tierras agrícolas y minas desempeñando un papel clave. Regiones como Tigray y las áreas cercanas al Cuerno de África se convirtieron en focos de actividad económica, pero también en puntos de conflicto. La influencia extranjera en la administración de estos recursos ha generado tensiones significativas, ya que a menudo los proyectos de desarrollo beneficiaron a actores externos más que a las comunidades locales ("*Colonialism, Development, and Change in Africa*", n.d.).

Un ejemplo claro es el proyecto del Canal de Gibe, destinado a generar energía hidroeléctrica. Es un gran sistema de represas y canales construido en el río Omo, ubicado en el suroeste de

Etiopía, fluye desde las tierras altas hacia el lago Turkana, en la frontera con Kenia. Su objetivo principal es producir electricidad y llevar agua para cultivos en la zona. Aunque suena como algo positivo, ha generado muchos problemas especialmente en el contexto de su impacto ambiental y social en las comunidades afectadas. Las comunidades que viven cerca han perdido tierras y acceso al agua, y el ecosistema de lugares como el lago Turkana, que depende del río, se está viendo afectado. Es un proyecto que promete desarrollo, pero con un alto costo para las personas y la naturaleza. Estas dinámicas reflejan la compleja relación de Etiopía con el liberalismo económico, donde los esfuerzos por atraer inversión y modernizar la economía a menudo han ignorado los derechos y necesidades de las poblaciones locales (Forji, 2020).

II.1. 2. Intereses y estrategias de los tres estados: competencia y alianzas

Egipto: Nacionalismo y Autoritarismo

En 1952, Egipto vivió un punto de inflexión con el golpe de Estado liderado por los Oficiales Libres, que puso fin a la monarquía y dio paso a una nueva era política. A partir de entonces, líderes como Gamal Abdel Nasser (1954-1970), Anwar Sadat (1970-1981) y Hosni Mubarak (1981-2011) impulsaron una agenda centrada en el nacionalismo y la consolidación del poder interno. Bajo sus mandatos, la prioridad no fue la cooperación internacional, sino asegurar el control del Nilo a toda costa (Embajada Abierta, 2022).

El mayor símbolo de esta estrategia fue la construcción de la Presa Alta de Asuán, completada en 1970 durante el gobierno de Nasser. Esta obra monumental reforzó el dominio egipcio sobre el río, asegurando el flujo de agua para la agricultura, la generación de energía hidroeléctrica y la regulación de inundaciones. Además, consolidó la influencia de Egipto en la región y dejó claro su rechazo a compartir la gestión del Nilo con otros países ribereños, como Etiopía y Sudán (Parra, 2024).

A pesar de sus beneficios, la construcción de la presa tuvo consecuencias significativas. Más de 100.000 personas, en su mayoría de la comunidad nubia, fueron desplazadas de sus tierras,

y los ecosistemas del Nilo se vieron alterados por la acumulación de sedimentos en el embalse. Asimismo, al garantizar el control egipcio sobre el agua, la presa generó tensiones con otras naciones de la cuenca, que veían injusta la distribución de los recursos hídricos y comenzaban a exigir mayor participación en su aprovechamiento (Parra, 2024).

La falta de transparencia y la toma de decisiones centralizadas en Egipto son consecuencias de este enfoque autoritario. A menudo, las decisiones se toman a puerta cerrada, sin incluir a la población ni a actores internacionales. Por ejemplo, en las negociaciones sobre la GERD, Egipto ha sido muy cauteloso a la hora de aceptar acuerdos que impliquen compromisos a largo plazo, porque temen perder el control absoluto sobre el río. Esto refleja un patrón en el que priorizan la seguridad nacional sobre cualquier tipo de desarrollo regional o cooperación multilateral (Waterbury, 1979).

Etiopía: Desarrollo y Nacionalismo Modernizador

Etiopía ha seguido un camino muy marcado por su enfoque de desarrollo nacionalista, especialmente desde los años 90 bajo la coalición del Frente Democrático Revolucionario Popular Etíope (EPRDF), que gobernó hasta 2019. Este grupo, liderado inicialmente por Meles Zenawi, quien fue primer ministro desde 1995 hasta su muerte en 2012, promovió una ideología centrada en la modernización y el progreso económico (Shinn & Ofcansky, 2013). En este contexto, proyectos como la Gran Presa del Renacimiento Etíope (GERD) se convirtieron en pilares del discurso político etíope (Saavedra Gutiérrez, 2019; Salman, 2013). La construcción busca proporcionar electricidad a millones de personas, la GERD representó un desafío directo al statu quo en la región, donde Egipto había ejercido históricamente un control dominante sobre el Nilo (Salman, 2013).

En términos de oposición, Etiopía se ha enfrentado principalmente a la resistencia de Egipto y, en menor medida, de Sudán, que ven la presa como una amenaza a su acceso al agua del Nilo. Egipto insiste en su derecho histórico al Nilo, basado en acuerdos coloniales como los de 1929 y 1959, mientras que Etiopía rechaza estos tratados por haber sido firmados sin su participación y considera que no reflejan las necesidades actuales de la región (Saavedra Gutiérrez, 2019).

Sudán: Transición y Pragmatismo

La caída del régimen de Omar al-Bashir en abril de 2019 supuso un punto de inflexión en la historia reciente de Sudán. Al-Bashir había gobernado el país durante 30 años bajo un sistema autoritario caracterizado por conflictos armados (en regiones como Darfur, Kordofán del Sur y Nilo Azul) y un notable aislamiento a nivel diplomático y económico (Reda, 2019). Las protestas populares que exigían reformas y apertura democrática lograron poner fin a su gobierno, abriendo una etapa de transición política marcada por múltiples desafíos internos y externos.

Tras la destitución de al-Bashir, se conformó un gobierno transicional que combina la participación de actores civiles con líderes militares. Este diseño institucional incluye un Consejo Soberano y un Consejo de ministros encabezado inicialmente por Abdalla Hamdok como primer ministro. La meta principal de esta nueva administración ha sido estabilizar el país y recuperar la confianza de la comunidad internacional, al tiempo que se sientan las bases para futuras elecciones democráticas (Reda, 2019). Entre los logros más destacados de esta etapa se encuentran la firma de acuerdos de paz con grupos rebeldes en el marco del Acuerdo de Paz de Juba. Dichos acuerdos pretenden poner fin a los prolongados conflictos internos e impulsar un modelo de gobernanza inclusivo, donde todas las regiones y grupos étnicos cuenten con representación y autonomía. Con el fin del régimen de al-Bashir, surgieron diversas corrientes políticas que, en la práctica, se han ido agrupando en torno a un enfoque pragmático. Este pragmatismo ha sido esencial para abordar problemas críticos como la reconstrucción económica, afectada por una alta inflación y una urgente necesidad de inversión extranjera (Saavedra Gutiérrez, 2019). Asimismo, la reconciliación nacional ha cobrado relevancia para consolidar las débiles estructuras democráticas.

El énfasis pragmático del gobierno también se ha manifestado en la política exterior. Un claro ejemplo es la posición de Sudán en las negociaciones relacionadas con la Gran Presa del Renacimiento Etíope (GERD, por sus siglas en inglés). Aunque la presa podría proporcionar beneficios significativos, como un acceso más estable a la electricidad y el control de las crecidas del Nilo Azul, el país debe equilibrar estos intereses con la necesidad de conservar relaciones sólidas con Egipto, un aliado histórico preocupado por su propia seguridad hídrica (Salman, 2013). Bajo el liderazgo de Abdalla Hamdok, el gobierno de transición se ha involucrado activamente en mediar los distintos puntos de vista sobre la GERD. Ha participado

en rondas de negociación y en encuentros impulsados por instituciones regionales e internacionales, con el fin de encontrar acuerdos técnicos y políticos que satisfagan las necesidades de Etiopía, Sudán y Egipto (Reda, 2019). Esta labor diplomática, además de buscar la estabilidad en la cuenca del Nilo, permite a Sudán mostrar un nuevo rostro ante la comunidad internacional y superar el aislamiento que sufrió en el pasado. La salida del país de la lista de Estados Patrocinadores del Terrorismo en 2020 constituyó un paso crucial para acceder a inversiones y financiamiento, elementos clave para sostener la compleja transición económica.

A pesar de los avances, la etapa transicional en Sudán no está exenta de desafíos. La coexistencia entre líderes militares y civiles se ha visto empañada por momentos de tensión e incluso cambios en la estructura gubernamental. En lo económico, el país lidia con la pobreza generalizada y un aparato productivo que requiere modernización. Paralelamente, las regiones históricamente marginadas siguen demandando una mejor distribución de recursos y mayor representación política, a pesar de los acuerdos de paz alcanzados.

De cara al futuro, el reto más importante para Sudán es consolidar un sistema verdaderamente democrático. Para ello, será necesario fortalecer la seguridad interna, emprender reformas económicas estructurales y mantener una política exterior estable, especialmente en relación con la GERD, que continúa siendo un factor determinante de la dinámica diplomática en el noreste de África (Saavedra Gutiérrez, 2019; Salman, 2013).

Cambio climático

No podemos ignorar el impacto del cambio climático en la creciente competencia por los recursos del Nilo. Este fenómeno global está transformando profundamente la región, alterando los patrones de lluvia, intensificando las sequías y provocando variaciones en el caudal del río (Conway, 2005). Estos cambios, sumados al rápido crecimiento poblacional, agravan las tensiones ya existentes sobre cómo gestionar este recurso esencial para Egipto, Etiopía y Sudán (Swain, 2011).

Uno de los efectos más evidentes del cambio climático en la región es la mayor frecuencia de sequías, que complica la planificación del uso del agua (Conway, 2005). En Egipto, donde el 97% del agua dulce proviene del Nilo, las sequías severas podrían tener consecuencias devastadoras. La agricultura, que emplea a una gran parte de la población, sería una de las más afectadas. Además, Egipto teme que la operación de la GERD agrave estas condiciones al reducir aún más el caudal del río, dificultando el acceso al agua potable para su creciente población (Salman, 2013).

En Sudán, las sequías también son un desafío importante, especialmente porque su economía depende en gran medida de la agricultura de riego. Pero Sudán enfrenta un doble riesgo, además de las sequías, las lluvias más intensas y erráticas causan inundaciones que han empeorado debido al cambio climático (Swain, 2011). La GERD podría ofrecer beneficios regionales al regular el flujo del Nilo y mitigar riesgos como inundaciones y sequías, pero solo si se gestiona de manera cooperativa. (Salman, 2013).

Etiopía, como país aguas arriba, experimenta directamente los efectos de la variabilidad climática, que afectan la capacidad de la GERD para generar energía de manera constante (Conway, 2005). Aunque la presa se considera una solución para mejorar la resiliencia climática, su dependencia de las precipitaciones para llenar su embalse introduce un riesgo adicional en este contexto de incertidumbre ambiental (Salman, 2013). Además del cambio climático, el crecimiento demográfico en la región está aumentando la presión sobre los recursos del Nilo. Egipto, con más de 100 millones de habitantes, enfrenta una demanda de agua que probablemente superará la oferta disponible en las próximas décadas lo que hace que sea indispensable mantener un flujo estable del Nilo para satisfacer las necesidades agrícolas, industriales y domésticas del país (Swain, 2011).

En Sudán, la rápida expansión de la población impulsa la necesidad de mejorar la infraestructura agrícola y energética. Aunque esta presa podría ayudar a regular el flujo del Nilo y reducir el impacto de las inundaciones, Sudán debe equilibrar cuidadosamente sus relaciones con Etiopía y Egipto para proteger sus propios intereses estratégicos (Salman, 2013).

Por su parte, Etiopía, con más de 120 millones de habitantes, enfrenta desafíos similares, aunque desde un ángulo diferente. Gran parte de su población aún carece de acceso a electricidad, y la GERD es clave para cerrar esta brecha energética. Sin embargo, el proyecto también es parte de una estrategia más amplia para posicionar a Etiopía como un líder regional,

utilizando el Nilo como un recurso estratégico para impulsar su crecimiento económico (Salman, 2013).

Ha habido unos cuantos intentos de acuerdos y negociaciones con respecto al cambio climático en cuanto al uso del agua. Primero, la Iniciativa de la Cuenca del Nilo en 1999 (en Dar es Salaam, Tanzania), que incluyó a todos los países ribereños del río, con el objetivo de promover un desarrollo sostenible y una gestión cooperativa del agua. Egipto y Sudán se mostraron reticentes a revisar los acuerdos históricos de 1929 y 1959, lo que limitó el alcance de la cooperación. Después vino el Acuerdo Marco de Cooperación de Entebbe (Uganda en 2010), firmado por países aguas arriba como Etiopía, Uganda, Ruanda y Kenia; este acuerdo buscó reemplazar los tratados coloniales, estableciendo un marco para compartir equitativamente los recursos del Nilo. Egipto y Sudán rechazaron el acuerdo porque no reconocía sus 'derechos históricos' al agua del Nilo. En 2015 tiene lugar la Declaración de Principios de Jartum (en Sudán), mediante la cual los tres países reconocían el derecho al desarrollo y al uso del Nilo. Aunque estableció principios generales como la cooperación y el uso equitativo del recurso, no resolvió los puntos más críticos, como el tiempo de llenado de la GERD y la gestión durante sequías. Hubo negociaciones lideradas por Estados Unidos y el Banco Mundial en 2019 y 2020 para buscar y llegar a un acuerdo técnico sobre la operación de la GERD. Aunque se lograron avances preliminares, Etiopía no firmó el acuerdo final ya que favorecía desproporcionadamente a Egipto. Recientemente, en 2020, la Unión Africana ha liderado diálogos para facilitar un acuerdo, pero las diferencias fundamentales entre los países siguen sin resolverse. Etiopía insiste en su derecho soberano sobre la GERD, mientras que Egipto y Sudán exigen garantías vinculantes para proteger su acceso al agua (Waterbury, 1979; Salman, 2013). Uno de los desarrollos más recientes en la diplomacia del agua en la región ha sido el Acuerdo Marco de Cooperación de la Cuenca del Nilo (CFA, por sus siglas en inglés), que busca establecer un marco legal para la cooperación y el uso equitativo de los recursos hídricos del Nilo. El CFA fue promovido principalmente por países aguas arriba como Etiopía, Ruanda, Tanzania, Uganda y Kenia, con el objetivo de rectificar los desequilibrios históricos en el acceso al agua del Nilo. Sin embargo, Egipto y Sudán han mostrado resistencia a ratificar el tratado, argumentando que pone en riesgo los derechos adquiridos en acuerdos previos, como los de 1929 y 1959, que les otorgaban ventajas estratégicas sobre el uso del río. Esta divergencia ha profundizado las tensiones entre los Estados ribereños, ya que mientras Etiopía ve el CFA como un paso hacia una distribución más equitativa del agua, Egipto lo percibe como una amenaza a su seguridad hídrica. Con la entrada en vigor del CFA en octubre de 2024, tras la

ratificación de seis países, se abre un nuevo capítulo en la geopolítica de la región, desafiando el *statu quo* y subrayando la necesidad de un enfoque cooperativo para la gestión sostenible de los recursos hídricos compartidos (Le Monde, 2024).

II.1.3. Perspectivas desde el realismo, liberalismo y constructivismo

Realismo

El realismo sostiene que los Estados actúan primordialmente en función de sus intereses nacionales, buscando maximizar su poder y garantizar su seguridad. Según Morgenthau, esta conducta responde a una naturaleza humana egoísta, que se traduce en relaciones internacionales competitivas, donde cada Estado prioriza sus beneficios incluso a expensas de otros (Pauselli, 2013). Egipto fundamenta su 'derecho histórico' en acuerdos coloniales como los de 1929 y 1959, que excluyeron a Etiopía y aseguran su acceso casi exclusivo al Nilo, del cual depende para su seguridad hídrica. Etiopía busca consolidar su posición estratégica y aumentar su poder regional a través de la construcción de la Gran Presa del Renacimiento Etíope (GERD). Este proyecto no solo asegura su desarrollo energético e hídrico, sino que también le otorga influencia sobre los recursos del Nilo, tradicionalmente controlados por Egipto. Al controlar el flujo del Nilo Azul, Etiopía aumenta su capacidad de negociación y se posiciona como un competidor directo de Egipto en términos de poder hídrico. La GERD, en este sentido, se convierte en un instrumento clave para fortalecer su papel en la región y redefinir las relaciones de poder.

Realismo estructural

El realismo estructural sostiene que la conducta de los Estados se explica, en gran medida, por la distribución de poder en el sistema internacional (Revista de Estudios Políticos, 2023). Desde esta perspectiva, postulada originalmente por Kenneth Waltz, las capacidades materiales de los Estados –económicas, militares y tecnológicas– determinan sus estrategias y su capacidad de influir en la dinámica internacional. En un sistema anárquico sin una autoridad central efectiva, los Estados buscan maximizar su seguridad, lo que a menudo deriva en equilibrios de poder inestables y en conflictos recurrentes por recursos estratégicos.

En el caso del Nilo, la escasez y la importancia vital del recurso hídrico incrementan el potencial de confrontación. La construcción de la Gran Presa del Renacimiento Etíope (GERD)

ejemplifica esta lógica: Etiopía, al desarrollar una infraestructura hidroeléctrica de gran magnitud, está aumentando sus capacidades energéticas y, con ello, su peso en la región. Este proyecto se presenta como un símbolo de desarrollo nacional y de autosuficiencia, además de permitir la eventual exportación de electricidad a países vecinos, incluido Sudán (Embajada Abierta, 2022). Sin embargo, en términos del realismo estructural, dicha acción desplaza el equilibrio de poder existente, pues coloca a Etiopía en una posición de mayor influencia sobre el suministro de agua.

Bajo el prisma del realismo estructural, la postura de Sudán se explica por la necesidad de equilibrar las tensiones entre Etiopía y Egipto en un entorno internacional anárquico. Sudán, por un lado, desea aprovechar la electricidad y la contención de crecidas que ofrece la GERD, lo cual podría impulsar su desarrollo agrícola e industrial. Por otro lado, no puede permitirse un deterioro significativo de sus relaciones con Egipto, país con el que mantiene una historia de cooperación y rivalidad a partes iguales (Revista de Estudios Políticos, 2023). La postura sudanesa refleja, por tanto, el dilema de la seguridad propio del realismo estructural: debe fomentar su propia supervivencia y bienestar económico sin dejar de considerar las repercusiones de un eventual enfrentamiento con un aliado históricamente poderoso.

Egipto ha ejercido tradicionalmente una hegemonía hídrica en la cuenca del Nilo, al amparo de acuerdos históricos que le concedían mayores derechos sobre el caudal del río. Desde la óptica del realismo estructural, la construcción de la GERD altera este balance, puesto que Etiopía pasa a tener una palanca de poder que impacta directamente en la seguridad hídrica de Egipto. Ante la ausencia de una autoridad supranacional capaz de imponer reglas de cooperación, el temor egipcio por un control disminuido de las aguas se traduce en un fuerte rechazo a cualquier medida que limite su acceso o afecte su soberanía sobre el Nilo (Revista Ejércitos, 2023).

Para Etiopía, la construcción de la GERD sirve no solo para consolidar su desarrollo interno, sino también para proyectarse como un actor con mayor capacidad de influencia en la región. Desde una visión realista, esta mejora de las capacidades energéticas supone una transformación en la distribución de poder que puede reconfigurar alianzas y balances en el Cuerno de África (Revista Ejércitos, 2023). Además, la narrativa oficial etíope presenta la presa como un paso hacia la modernización y la integración económica regional, dado que la venta

de excedentes de electricidad puede fomentar lazos comerciales con otros países, incluido Sudán (Embajada Abierta, 2022).

La lógica del sistema internacional anárquico explica por qué resulta tan difícil alcanzar acuerdos efectivos que regulen la gestión de recursos compartidos. Al no existir una autoridad central capaz de imponer reglas y sanciones a los Estados, la cooperación se basa en la confianza y en el cálculo racional de costos y beneficios (Revista Ejércitos, 2023). Sin embargo, en el caso del Nilo, la desconfianza mutua y los intereses geoestratégicos en juego dificultan la creación de un marco cooperativo sólido. El conflicto por la GERD refleja los postulados del realismo estructural en un entorno donde el poder relativo y el interés nacional definen las posturas de cada Estado. Etiopía busca consolidar su posición como potencia energética, Egipto pretende salvaguardar su hegemonía hídrica y Sudán opta por un juego de equilibrio que le permita beneficiarse de la presa sin poner en riesgo su relación con Egipto (Revista de Estudios Políticos, 2023; Revista Ejércitos, 2023). La falta de una autoridad central que garantice la cooperación acentúa la rivalidad y la desconfianza, aunque también impulsa la búsqueda de negociaciones que prevengan una escalada del conflicto. Aunque el realismo estructural enfatiza la competencia, existe margen para la creación de acuerdos que promuevan beneficios compartidos y reduzcan el riesgo de confrontación directa.

Liberalismo

Desde el liberalismo, se enfatiza la importancia de la cooperación internacional y la creación de instituciones multilaterales como formas de evitar conflictos y promover el beneficio mutuo. Los tres países (Etiopía, Sudán y Egipto) están trabajando, en cierta medida, dentro de un marco cooperativo (Jervis, 1999). Por ejemplo, la Comisión del Nilo (CNE) creada en 1999 agrupa a los países ribereños con el objetivo de fomentar un uso sostenible y equitativo de las aguas del Nilo. Esta organización facilita el diálogo y la negociación sobre la distribución de recursos, el manejo ambiental y el desarrollo económico. Aunque no ha resuelto todos los desacuerdos, plasma el compromiso de los países involucrados con la cooperación y la búsqueda de soluciones pacíficas. Esta perspectiva, que se centra en las características internas de los Estados, como sus instituciones y la sociedad civil, busca explicar sus relaciones y cómo influyen en su capacidad para gestionar recursos compartidos (Maravasik, 2010).

En el siglo XX, Egipto experimentó una transformación ideológica marcada por la adopción de ideas liberales y nacionalistas, que buscaban combinar los principios ilustrados con la lucha por la independencia del dominio británico. Estas ideas buscaban construir un sistema político basado en una constitución, la promoción de los derechos individuales y la independencia nacional. Este enfoque reflejaba un intento de implementar valores liberales en una sociedad marcada por el control colonial y las tensiones regionales. La búsqueda de la autodeterminación y la soberanía nacional, especialmente tras la Primera Guerra Mundial, se alineó con los principios liberales que defendían que los pueblos debían gobernarse a sí mismos y tener control sobre su destino político y económico (Forji, 2020).

Sin embargo, los intentos de consolidar el liberalismo en Egipto se enfrentaron con múltiples desafíos. Aunque estas ideas influyeron en el movimiento nacionalista egipcio para liberarse del dominio británico, su implementación fue limitada y fragmentada (Salem, 2018). Tras la Guerra de los Seis Días en 1967, la derrota de Egipto frente a Israel marcó un punto de inflexión en la política y la economía del país. El fracaso tanto del liberalismo como del socialismo árabe quedó en evidencia, ya que ninguno de estos modelos había logrado consolidar un desarrollo sostenido ni fortalecer las instituciones estatales de manera efectiva. La estrategia del socialismo árabe, impulsada por Gamal Abdel Nasser, se basaba en la nacionalización de sectores clave, la redistribución de la riqueza y un fuerte intervencionismo estatal. Sin embargo, esta política no generó el crecimiento económico esperado ni garantizó la estabilidad política a largo plazo (Sika, 2019).

Con la llegada de Anwar el-Sadat al poder en 1973, Egipto adoptó un enfoque desarrollista, inspirado en los modelos económicos de los países petroleros. Aunque este modelo se alejaba de los principios liberales clásicos, como el libre mercado y la descentralización, reflejaba un cambio respecto a los intentos previos de liberalización. El enfoque de Sadat combinaba elementos del desarrollo económico con un régimen más centralizado, relegando los valores democráticos a favor de una política autoritaria que buscaba resultados inmediatos (Forji, 2020). Aunque el liberalismo no se consolidó como sistema político dominante, sí influyó en las aspiraciones de Egipto por la soberanía nacional y la cooperación regional en la Cuenca del Nilo (Salem, 2018; Sika, 2019).

Durante el siglo XIX, en 1820, Mehmed Ali (conocido como el fundador del Egipto moderno), vinculado al Imperio Otomano, ocupó partes del centro de Sudán con el objetivo de abastecer de esclavos al ejército egipcio. Esta ocupación marcó el inicio de un sistema colonial centrado

en la extracción de recursos para beneficio de Egipto. Con la destrucción de los reinos y sultanatos locales, Egipto estableció una entidad política basada en Jartum, extendida hacia el norte de Sudán. Este modelo, que nos recuerda a los procesos coloniales, tuvo un fuerte impacto en las dinámicas socioeconómicas de la región, perpetuando un sistema orientado al saqueo y la explotación de recursos naturales (Forji, 2020). Aunque Egipto intentó expandirse hacia el sur, sus esfuerzos se vieron limitados principalmente a la extracción de recursos, que generó pobreza y desigualdad. La población sudanesa del sur enfrentó altos impuestos y una imposición cultural y religiosa, con la promoción del islam ortodoxo, lo que añadió tensiones sociales y políticas.

El colonialismo anglo-egipcio consolidó un modelo de explotación desigual en Sudán, favoreciendo al norte mientras marginaba al sur, lo que perpetuó las desigualdades económicas y sociales. Esto se evidenció en la planificación de proyectos como los sistemas de irrigación y desarrollo agrícola, diseñados para beneficiar al norte a expensas del sur (Forji, 2020). Estas dinámicas coloniales contribuyeron a una segmentación económica y social que persistió durante décadas.

Durante el período del Mahdismo (1881-1898), algunos árabes del Valle del Nilo lograron mejorar su estatus social y económico a través del comercio, pero este movimiento fue derrotado por las fuerzas anglo-egipcias tras un periodo marcado por guerras y hambrunas. Con la llegada del dominio anglo-egipcio, las jerarquías sociales preexistentes se reforzaron bajo un enfoque colonial racista. Los británicos favorecieron a los árabes del norte, considerados culturalmente más cercanos a ellos, mientras marginaban a los grupos del sur. Esto provocó migraciones masivas hacia el norte, donde los sudaneses del sur se convirtieron en mano de obra barata para la economía del norte, agravando las desigualdades (Forji, 2020).

El impacto colonial en la economía del Nilo fue significativo. El gobierno británico planificó el canal Jonglei como un proyecto cuyo objetivo principal era desviar parte del flujo del Nilo Blanco en la región del Sudd, un enorme pantano, para aumentar el caudal de agua hacia Egipto y Sudán del Norte. Este beneficio se logró a expensas de los intereses y el medio ambiente del sur. Este modelo de desarrollo desigual es un ejemplo claro de cómo las potencias coloniales priorizaron sus propios intereses sobre los ideales liberales de autonomía y desarrollo equitativo (Forji, 2020). En esencia, el canal Jonglei simboliza la forma en que las potencias coloniales utilizaron Sudán como un recurso económico, sin considerar los principios de

justicia y equidad para las regiones más afectadas, lo que contradice los discursos liberales que promovían la igualdad y la autonomía (Forji, 2020).

Etiopía, a diferencia de otros países africanos, resistió la colonización europea, preservando su independencia bajo líderes como Menelik II y Haile Selassie. A finales del siglo XIX, bajo el liderazgo de Menelik II, Etiopía mantuvo su independencia mediante una combinación de diplomacia y fuerza militar, derrotando a las fuerzas italianas en la Batalla de Adwa. Sin embargo, la influencia imperialista de potencias como el Reino Unido y Francia no estuvo ausente. Estas potencias intervinieron a través de tratados, acuerdos y la promoción de intereses comerciales, lo que limitó, en cierta medida, la autonomía etíope, especialmente en temas económicos y de infraestructura. Un ejemplo notable es el Tratado de Wuchale, firmado en 1889 entre Italia y Etiopía. Este tratado, redactado en italiano y amárico, contenía discrepancias significativas entre ambas versiones. La versión italiana implicaba que Etiopía se convertía en un protectorado italiano, mientras que la versión amárica sugería una relación más flexible. Esta divergencia llevó a tensiones que culminaron en la Batalla de Adwa, donde Etiopía logró una decisiva victoria, manteniendo así su soberanía (Treaty of Wichale, 1889). Además, potencias como Francia y el Reino Unido buscaron influir en Etiopía mediante acuerdos económicos y concesiones comerciales. Por ejemplo, Francia financió y operó el ferrocarril que conectaba Addis Abeba con Yibuti, lo que le otorgó una ventaja económica en la región y limitó la autonomía etíope en términos de desarrollo ferroviario y comercial. Asimismo, el Reino Unido, a través de tratados como el Anglo-Egipcio de 1929, restringió la capacidad de Etiopía para desarrollar proyectos hídricos en el Nilo, favoreciendo a Egipto y Sudán.

En el siglo XX, Haile Selassie impulsó reformas para modernizar Etiopía mediante el liberalismo económico, aunque las estructuras tradicionales y las desigualdades sociales limitaron su impacto. Estas reformas buscaban modernizar el país mediante la introducción de una economía de mercado y la atracción de inversión extranjera. Haile Selassie promovió leyes destinadas a abrir la economía y mejorar la infraestructura, en un esfuerzo por integrar a Etiopía en el sistema global (Forji, 2020). Sin embargo, estas políticas chocaron con las estructuras tradicionales y los intereses de las élites locales, lo que limitó significativamente su implementación. Además, las desigualdades sociales persistentes dificultaron que los beneficios del liberalismo económico se distribuyeran de manera equitativa entre las distintas regiones y comunidades del país.

El liberalismo asume que los actores internacionales pueden alcanzar acuerdos mutuamente beneficiosos mediante la cooperación. Sin embargo, en las negociaciones por la GERD, este principio ha sido difícil de implementar. Egipto busca mantener el flujo continuo del Nilo para garantizar su seguridad hídrica y alimentar su economía agrícola. Por otro lado, Etiopía necesita utilizar el agua del Nilo Azul para impulsar su desarrollo económico y generar energía hidroeléctrica, mientras Sudán oscila entre ambas posturas dependiendo de sus intereses inmediatos. Esta disparidad de intereses ha obstaculizado el compromiso mutuo. Las tensiones históricas y la percepción de que los acuerdos previos (como los tratados de 1929 y 1959) favorecen desproporcionadamente a Egipto han dificultado que Etiopía y Sudán confíen en la neutralidad de Egipto en las negociaciones. Esto ha llevado a un enfoque más competitivo que cooperativo (Forji, 2020).

Aunque instituciones como la Comisión del Nilo (CNE) fueron creadas para fomentar la cooperación entre los países ribereños, su impacto ha sido limitado. Los tratados históricos no fueron diseñados con una perspectiva multilateral e inclusiva. Por ejemplo, Etiopía, que contribuye con el 85% del flujo del Nilo, fue excluida de acuerdos clave, como los tratados de 1929 y 1959. Esta exclusión ha llevado a que desconfíe de cualquier marco institucional que no reestructure estos acuerdos en términos más equitativos (Swain, 2011). Las instituciones existentes no han logrado generar un mecanismo vinculante que garantice el uso equitativo del agua ni han establecido reglas claras sobre la operación de la Gran Presa del Renacimiento Etíope, lo que perpetúa la incertidumbre entre los países. El liberalismo subraya el papel de las instituciones internas, la sociedad civil y los actores no estatales para fomentar la cooperación. Sin embargo, las negociaciones han estado dominadas por los gobiernos de los tres países, sin un involucramiento significativo de la sociedad civil o comunidades locales afectadas. Aunque organismos internacionales como el Banco Mundial han intervenido en algunos aspectos técnicos relacionados con la gestión del agua en la cuenca del Nilo, su influencia ha sido parcial y no ha conducido a un acuerdo que contemple las necesidades sociales más amplias de la región. En particular, el Banco Mundial ha participado en el financiamiento de proyectos de infraestructura hídrica y en la elaboración de estudios técnicos sobre la viabilidad de la gestión del recurso, promoviendo iniciativas como la Iniciativa de la Cuenca del Nilo (NBI, por sus siglas en inglés). Sin embargo, estas intervenciones se han centrado principalmente en aspectos técnicos y financieros, sin abordar de manera efectiva las dinámicas de poder subyacentes ni las cuestiones de equidad entre los países ribereños. Según Zeitoun y Allan (2008), este

enfoque tecnocrático ha favorecido a los actores con mayor influencia geopolítica, sin garantizar un reparto equitativo de los recursos ni mecanismos de cooperación duraderos.

Un principio fundamental del liberalismo es que la cooperación debe estar basada en términos equitativos para todos los actores. Sin embargo, Egipto, con el respaldo de potencias externas como Estados Unidos, ha mantenido su posición histórica de predominio en la gestión del Nilo. Este desequilibrio de poder ha limitado la capacidad de Etiopía y Sudán para negociar en igualdad de condiciones (Waterbury, 1979). Aunque Etiopía busca autonomía mediante la GERD, su dependencia de financiamiento externo, particularmente de China, puede influir en su postura negociadora, reduciendo su capacidad de implementar decisiones completamente soberanas.

El liberalismo promueve la creación de mecanismos pacíficos para resolver disputas. Sin embargo, las negociaciones sobre la GERD han carecido de un marco robusto para mediar en los desacuerdos. Aunque los países han participado en rondas de negociación, no han llegado a acuerdos jurídicamente vinculantes que regulen la operación de la presa y la distribución de los recursos hídricos. La Unión Africana y otras organizaciones internacionales han intentado mediar, pero las partes no han confiado plenamente en su capacidad de garantizar resultados justos (Swain, 2011).

Constructivismo

Desde el constructivismo, las identidades nacionales de Egipto, Etiopía y Sudán moldean sus posturas frente a las normas internacionales, interpretándolas de acuerdo con sus prioridades históricas, económicas y estratégicas. Estas identidades no son fijas, sino que se construyen socialmente a través de la historia, las relaciones internacionales y las interacciones con otros actores. En el caso del Nilo, las identidades de Egipto, Etiopía y Sudán moldean sus posturas frente a las normas que regulan el uso compartido de los recursos hídricos.

Egipto se percibe a sí mismo como el actor histórico más relevante en la cuenca del Nilo, basando esta identidad en su dependencia casi total del río para agua potable, riego y energía. Egipto, cuya identidad nacional está profundamente ligada al Nilo, interpreta las normas internacionales como una amenaza a su posición privilegiada y su seguridad hídrica, especialmente frente a proyectos como la GERD (Forji, 2020). La construcción de grandes infraestructuras, como la Gran Presa del Renacimiento Etíope (GERD), es vista por Egipto como un desafío directo a su seguridad hídrica y su derecho histórico, respaldado por acuerdos previos como el tratado de 1959 con Sudán. Estas normas internacionales, cuando son reinterpretadas por Etiopía, pueden ser percibidas como una violación de su soberanía sobre el recurso.

Para **Etiopía**, la GERD simboliza su identidad como un actor emergente en África, validando su narrativa de autosuficiencia y desarrollo económico mientras justifica su reinterpretación de las normas internacionales. Desde el constructivismo, Etiopía ve las normas internacionales sobre cooperación y desarrollo sostenible como una forma de validar su proyecto (Forji, 2020). Sin embargo, la desconfianza hacia Egipto y Sudán complica esta interpretación, llevando a Etiopía a desafiar normas que puedan percibirse como intentos de limitar su acceso al agua del Nilo.

Sudán, con una identidad nacional influenciada por sus relaciones históricas con Egipto y Etiopía, busca equilibrar su seguridad hídrica con oportunidades como el suministro energético estable de la GERD. Las normas internacionales que promueven el uso compartido del Nilo son interpretadas como herramientas para manejar sus propias demandas hídricas y preservar relaciones estratégicas con Egipto y Etiopía. Aunque históricamente ha estado más alineado con los intereses de Egipto, la GERD le ofrece oportunidades, como un suministro energético más estable y la regulación de inundaciones, lo que lo posiciona como un mediador en el conflicto.

El constructivismo enfatiza que las normas no son reglas estáticas, sino productos de interacciones sociales y percepciones de legitimidad y justicia. En este caso, Egipto ve las normas internacionales como una extensión de su derecho histórico, interpretando principios como "utilización equitativa y razonable" de manera que prioricen su acceso al agua del Nilo (Forji, 2020). La reinterpretación de estas normas por parte de Etiopía se percibe como una amenaza a su legitimidad. Etiopía utiliza las normas internacionales para justificar su desarrollo. La GERD se presenta como un proyecto alineado con los objetivos de desarrollo

sostenible, pero la desconfianza hacia Egipto y Sudán lleva a Etiopía a desafiar cualquier norma que perciba como una limitación a su soberanía. Sudán interpreta las normas internacionales como una herramienta para equilibrar los intereses de los actores en conflicto, maximizando sus propios beneficios en términos de seguridad hídrica y desarrollo energético.

III. Discusión

III.1. Estudio de las variables del conflicto (competencia, cooperación e identidad)

Los países con economías más frágiles, como Etiopía y Sudán, dependen de financiación externa para proyectos hidroeléctricos, lo que los deja expuestos a acuerdos desfavorables que priorizan los intereses de los inversores. Al depender de estas potencias económicas, los países pierden margen de maniobra en las negociaciones y quedan expuestos a presiones que priorizan los intereses de los inversores sobre los suyos a largo plazo. Como observa Zeitoun (2011), esta dinámica perpetúa relaciones de dependencia que favorecen a los países del norte global.

En situaciones donde la estabilidad de un país depende del apoyo de potencias regionales o internacionales, se crean condiciones de negociación desigual. Egipto, por ejemplo, utiliza su posición política y su influencia histórica en el Nilo para asegurar acuerdos que suelen beneficiar sus intereses en detrimento de los de Etiopía o Sudán. Según Swain (2011), esta relación de dependencia política obliga a los países menos poderosos a ceder frente a presiones internacionales o regionales.

El acceso al agua es un factor estratégico para países como Egipto y Sudán, que dependen del Nilo para la mayor parte de su suministro hídrico. Este nivel de dependencia crea tensiones adicionales en las negociaciones. Por ejemplo, Sudán, con su posición intermedia entre Egipto y Etiopía, adopta una postura pragmática que busca equilibrio, aunque esto a menudo implique comprometer sus intereses estratégicos. Este fenómeno es destacado por Zeitoun y Allan (2008), quienes subrayan cómo la geopolítica del agua se entrelaza con las necesidades de supervivencia.

Las alianzas estratégicas, si bien pueden fortalecer la capacidad negociadora de estos países, también suelen ser desiguales. Por ejemplo, actores como Estados Unidos, China o la Unión Africana, al mediar en conflictos hídricos, a menudo privilegian sus propios intereses o los de las potencias aliadas, dejando a los países más vulnerables con pocas opciones reales. Según Allan (2001), la diplomacia internacional en estos contextos actúa más como un juego de poder que como un mecanismo de equidad.

El río Nilo ha sido durante siglos un recurso estratégico en África, pero también un punto de conflicto que refleja las desigualdades entre los países que dependen de él. Egipto, gracias a su posición histórica y su estrecha relación con potencias como Estados Unidos e Israel, ha logrado consolidarse como el actor más influyente en la gestión del agua del Nilo. Esta influencia no solo se basa en su economía relativamente más fuerte, sino también en su capacidad para movilizar apoyo internacional en su favor. Como señala Swain (2011), Egipto ha utilizado estas ventajas para garantizar que los acuerdos internacionales sobre el Nilo prioricen sus necesidades, a menudo en detrimento de otros países de la región.

Por otro lado, Etiopía, aunque en pleno crecimiento económico y con mayor protagonismo regional gracias a proyectos como la Gran Presa del Renacimiento (GERD), enfrenta desafíos significativos. Su condición de país en desarrollo limita su capacidad de imponer condiciones en las negociaciones internacionales. Según Zeitoun (2011), las estructuras de poder global y regional suelen favorecer a países con mayor respaldo político y económico, lo que deja a Etiopía en una posición desigual frente a Egipto.

Sudán ocupa una posición aún más complicada. Geográficamente ubicado entre Egipto y Etiopía, su papel en las negociaciones a menudo se ve condicionado por la necesidad de mantener un equilibrio entre ambos. Esta posición intermedia lo ha llevado a aceptar compromisos que, aunque aseguren cierta estabilidad política y económica a corto plazo, no siempre benefician sus intereses estratégicos a largo plazo. Zeitoun y Allan (2008) destacan que, en contextos como el del Nilo, los países más débiles suelen adoptar posturas conciliadoras para preservar relaciones diplomáticas clave, sacrificando en ocasiones su autonomía y capacidad de decisión.

En conjunto, el caso del Nilo evidencia cómo las dinámicas de poder y dependencia moldean los acuerdos hídricos, perpetuando desigualdades entre los países de la región. Mientras Egipto consolida su hegemonía, Etiopía y Sudán enfrentan desafíos que reflejan no solo diferencias

económicas, sino también la influencia de actores internacionales en los procesos de negociación.

Las inversiones extranjeras y los acuerdos bilaterales permiten a las potencias globales y a las multinacionales tener un control significativo sobre los recursos naturales de los países más débiles. En el contexto de los recursos hídricos, los actores internacionales no solo financian proyectos, sino que también influyen en la manera en que los países gestionan el acceso y distribución de estos recursos. Por ejemplo, las inversiones extranjeras en infraestructura hídrica, como la Gran Presa del Renacimiento en Etiopía, están condicionadas por intereses geopolíticos y económicos externos, lo que a menudo deja a los países receptores en una posición de subordinación frente a las potencias que financian estos proyectos (Zeitoun & Allan, 2008).

La estructura de las relaciones comerciales entre las potencias y los países más débiles perpetúa un ciclo de dependencia económica. Los países menos desarrollados se ven obligados a exportar materias primas y recursos naturales, mientras importan productos manufacturados a precios más altos. Este modelo impide que los países más débiles diversifiquen sus economías o desarrollen industrias que les permitan reducir su dependencia. Según Swain (2011), esta dinámica refuerza un modelo de intercambio desigual donde los términos comerciales son definidos por los países más poderosos, perpetuando la dependencia económica y frenando el desarrollo sostenible.

El neoimperialismo perpetúa las desigualdades mediante intervenciones diplomáticas y económicas que obligan a los países más débiles a priorizar intereses externos sobre los propios, limitando su soberanía (Foreign Affairs Latinoamérica, 2019).

Estas intervenciones a menudo obligan a los gobiernos a priorizar los intereses de actores externos por encima de los suyos. En contextos como el del Nilo, las potencias internacionales a veces apoyan a ciertos países en detrimento de otros, reforzando desequilibrios de poder en la región. Según Zeitoun (2011), esta dinámica reduce la soberanía y autonomía de los países débiles, dejándolos atrapados en una red de dependencia política que limita sus opciones estratégicas.

El neoimperialismo también crea nuevos desafíos para aquellos que intentan salir del ciclo de dependencia. Los recursos naturales, el comercio y la soberanía política son los principales

campos de batalla de esta forma moderna de dominación, que continúa moldeando las relaciones internacionales en el siglo XXI (Foreign Affairs Latinoamérica, 2019).

La Unión Africana (UA) tiene un interés crucial en mediar en el conflicto por las aguas del Nilo Azul, ya que este conflicto no solo afecta la estabilidad de estos tres países clave en la región, sino que también pone a prueba la capacidad de la UA para cumplir su misión de promover la paz, la seguridad y el desarrollo sostenible en África. Este tipo de disputas, particularmente cuando están ligadas a recursos estratégicos como el agua, representan una amenaza significativa para la integración regional, un objetivo central de la UA desde su fundación (Swain, 2011). Uno de los principales intereses de la UA radica en promover la cooperación y la integración regional. Este conflicto tiene el potencial de fracturar relaciones diplomáticas entre los países del noreste de África, afectando no solo el comercio y la estabilidad política, sino también la posibilidad de un desarrollo conjunto en áreas como la gestión de recursos hídricos, energéticos y agrícolas. Al mediar en esta disputa, la UA busca facilitar el diálogo y promover acuerdos que refuercen la interdependencia y la colaboración regional (Musau, 2023).

Además, la UA tiene un interés estratégico en prevenir la escalada de tensiones hacia un conflicto armado. Las disputas sobre el uso de recursos hídricos como el Nilo Azul pueden convertirse en detonantes de conflictos mayores, con repercusiones que trascienden las fronteras de los países directamente implicados. Un enfrentamiento armado no solo desestabilizaría la región del noreste africano, sino que también afectaría la seguridad y el desarrollo de otras partes del continente. La UA, al posicionarse como mediadora, busca evitar estas repercusiones negativas y consolidarse como un actor relevante en la resolución de conflictos (Swain, 2011; Musau, 2023).

La mediación también es una oportunidad para la UA de reforzar su legitimidad y credibilidad como una institución capaz de manejar disputas complejas de manera efectiva y neutral. Si logra facilitar un acuerdo sostenible entre Etiopía, Egipto y Sudán, fortalecerá su reputación no solo entre los Estados africanos, sino también frente a la comunidad internacional. Esto es particularmente importante dado que las instituciones africanas han sido históricamente criticadas por su limitada capacidad de respuesta frente a conflictos regionales (Musau, 2023). Por otro lado, si las partes perciben que la UA favorece a uno de los actores, esto podría erosionar su legitimidad y generar dudas sobre su imparcialidad.

Estados Unidos ha utilizado su apoyo financiero y militar como una herramienta de influencia clave, particularmente con Egipto, un aliado estratégico en el noreste de África. Desde los acuerdos de Camp David, Egipto ha sido uno de los mayores receptores de ayuda militar estadounidense, recibiendo más de 1.300 millones de dólares anuales. Este respaldo económico asegura que Egipto pueda mantener su posición dominante en la gestión del Nilo, al tiempo que refuerza su estabilidad política y su papel como aliado en la región. En el contexto del conflicto por la Gran Presa del Renacimiento Etíope (GERD), Estados Unidos ha actuado como mediador en varias ocasiones, aunque sus propuestas han sido percibidas por Etiopía como sesgadas a favor de Egipto. Esto subraya cómo Estados Unidos utiliza su poder económico y diplomático para favorecer a sus aliados estratégicos en detrimento de un enfoque verdaderamente neutral (Waterbury, 1979).

Por su parte, China ha adoptado un enfoque centrado en las inversiones económicas, particularmente a través de su Iniciativa de la Franja y la Ruta. En Etiopía, China ha financiado una parte significativa del desarrollo de infraestructura, incluyendo proyectos relacionados con la GERD y la expansión de redes eléctricas. Este apoyo financiero permite a Etiopía avanzar en su agenda de desarrollo sin depender exclusivamente de actores occidentales como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional. Sin embargo, estas inversiones también crean una dependencia económica hacia China, otorgándole influencia sobre las decisiones de política exterior de Etiopía (Shinn & Ofcansky, 2013).

Ambas potencias utilizan la dependencia económica como un instrumento para condicionar las acciones de los países involucrados en el conflicto. Mientras Estados Unidos asegura su influencia al condicionar la ayuda económica y militar a Egipto, China aprovecha sus inversiones para expandir su influencia en África, promoviendo un modelo de desarrollo que no impone requisitos estrictos en materia de gobernanza. Esto genera una dinámica en la que los países ribereños del Nilo deben equilibrar sus relaciones con ambas potencias, lo que complica aún más la posibilidad de alcanzar un acuerdo cooperativo.

III.2. Propuestas de solución y casos exitosos de cooperación hídrica

El conflicto por el Nilo Azul ha llegado a un punto crítico en el que es imprescindible encontrar soluciones prácticas que no solo mitiguen las tensiones actuales, sino que también abran paso a una cooperación duradera entre Etiopía, Sudán y Egipto. Para esto, es útil estudiar casos exitosos de gestión hídrica en otras regiones y adaptarlos al contexto de esta disputa.

Empezando por el Tratado del Indo entre India y Pakistán, firmado en 1960 con la mediación del Banco Mundial, logró establecer un marco de cooperación estable, incluso entre dos países históricamente enfrentados. A pesar de las tensiones y conflictos históricos entre ambos países, el tratado ha logrado mantenerse vigente durante más de seis décadas, estableciendo un marco de cooperación que divide los ríos del sistema Indo en función de su proximidad geográfica. Bajo este acuerdo, India recibió control sobre los ríos orientales (Sutlej, Beas y Ravi), mientras que Pakistán obtuvo derechos sobre los ríos occidentales (Indo, Jhelum y Chenab), con mecanismos de monitoreo y resolución de disputas que han permitido evitar conflictos hídricos graves (Zeitoun & Allan, 2008).

Aplicando un enfoque similar al caso del Nilo, un acuerdo multilateral podría definir reglas claras sobre el uso y distribución del agua entre Etiopía, Egipto y Sudán, considerando factores como geografía, necesidades estratégicas y seguridad hídrica. Un posible marco de cooperación podría incluir el reconocimiento del derecho de Etiopía a utilizar la Gran Presa del Renacimiento Etíope (GERD) para la generación de energía hidroeléctrica, garantizando al mismo tiempo un caudal mínimo para Egipto y Sudán en períodos de sequía, evitando alteraciones drásticas en los niveles del río aguas abajo.

El caso de los países del Mekong (Tailandia, Laos, Vietnam y Camboya) que, a través de la Comisión del Río Mekong (MRC, por sus siglas en inglés), han logrado coordinar el desarrollo de proyectos hídricos y mitigar conflictos mediante un enfoque de cooperación y sostenibilidad. La MRC, establecida en 1995 bajo el *Acuerdo sobre la Cooperación para el Desarrollo Sostenible de la Cuenca del Mekong*, ha promovido la gestión conjunta del recurso con base en principios de equidad, desarrollo sostenible y estabilidad regional (Waterbury, 1979). Uno de los elementos clave en el éxito del modelo del Mekong ha sido su estructura institucional y la flexibilidad de sus mecanismos de cooperación. La MRC actúa como un organismo intergubernamental que facilita el diálogo entre los países ribereños, asegurando que las decisiones en torno al uso del agua sean tomadas colectivamente. A través de este mecanismo, se han establecido acuerdos de monitoreo del caudal, estrategias de mitigación de

inundaciones y protocolos para la construcción de infraestructuras hídricas, priorizando la minimización de impactos negativos en las naciones vecinas. La existencia de una plataforma de cooperación ha permitido no solo evitar disputas graves, sino también impulsar proyectos que beneficien a toda la región, asegurando el acceso equitativo al agua y la protección del ecosistema fluvial.

En el caso del Nilo Azul, la creación de una Comisión del Nilo Azul (CNA) basada en un modelo similar podría representar un paso significativo hacia la resolución del conflicto. La CNA serviría como un marco institucional de negociación y administración conjunta de la Gran Presa del Renacimiento Etíope (GERD), proporcionando un espacio donde los intereses de Etiopía, Sudán y Egipto pudieran ser discutidos y equilibrados. La regulación del llenado de la GERD ha sido uno de los puntos más sensibles en la disputa, pues un llenado acelerado podría reducir drásticamente el caudal disponible para Egipto y Sudán. Establecer un cronograma flexible, basado en criterios hidrológicos y climáticos, permitiría mitigar los riesgos asociados a variaciones extremas en la disponibilidad de agua y reduciría la incertidumbre entre las partes involucradas.

Además de la gestión del caudal, una comisión conjunta facilitaría la planificación de infraestructuras hídricas compartidas, asegurando que los proyectos de desarrollo en la región sean implementados de manera coordinada y con beneficios mutuos. La modernización de sistemas de riego en Egipto y Sudán podría ser financiada parcialmente por un fondo común, mientras que Etiopía, a través de acuerdos bilaterales, podría comprometerse a garantizar la estabilidad del suministro de agua en épocas de sequía. Un mecanismo de monitoreo transparente también jugaría un papel fundamental en la generación de confianza, permitiendo a todas las partes acceder a información en tiempo real sobre el flujo del Nilo y el impacto de la GERD en la hidrología de la región.

La experiencia del Mekong ha demostrado que un enfoque cooperativo en la gestión del agua no solo ayuda a evitar conflictos, sino que también puede transformar los recursos hídricos en un elemento de integración regional. En el caso del Nilo Azul, adoptar un modelo similar permitiría superar la lógica de competencia y reemplazarla por una estrategia de beneficio compartido, en la que la seguridad hídrica y el desarrollo sostenible sean prioridades comunes. La mediación de organismos internacionales, como la Unión Africana o el Banco Mundial, podría reforzar la viabilidad de este mecanismo, facilitando la negociación de acuerdos y ofreciendo apoyo financiero y técnico para su implementación. Sin una estructura institucional sólida y participativa, la disputa por el Nilo Azul continuará siendo una fuente de tensión

geopolítica en la región, con el riesgo de convertirse en un conflicto prolongado con graves implicaciones económicas y ambientales (Waterbury, 1979).

Etiopía podría comprometerse a liberar una cantidad mínima de agua durante las estaciones secas, asegurando que Egipto y Sudán tengan acceso suficiente para cubrir sus necesidades agrícolas y humanas. A cambio, estos países aceptarían la operación de la GERD bajo ciertas condiciones predefinidas y vinculantes, garantizando la estabilidad del caudal del río en todas las estaciones. Esto reduciría tensiones y daría seguridad a todas las partes (Swain, 2011). Finalmente, Etiopía, como generador principal de energía hidroeléctrica gracias a la GERD, podría vender electricidad a precios competitivos a Egipto y Sudán. Este modelo no solo fortalecería la cooperación económica entre los países, sino que también serviría como compensación por posibles reducciones temporales en el flujo del río. Este intercambio sería un incentivo para que Egipto y Sudán apoyen la operación de la presa como una oportunidad de desarrollo regional (Salman, 2013).

III.3 Posibles escenarios y desenlaces

A continuación, se proponen diferentes escenarios basados en los desenlaces posibles de la negociación relacionándolos con los paradigmas teóricos.

Escenario 1: Cooperación, solución multilateral y beneficio mutuo

Un escenario de cooperación entre Etiopía, Egipto y Sudán implicaría que los tres países llegaran a un acuerdo multilateral para gestionar el Nilo Azul de manera sostenible, asegurando que todos tengan acceso equitativo al agua y obtengan beneficios compartidos. Para lograrlo, se necesitaría una estructura institucional que fomente la transparencia y el diálogo constante. En este contexto, la creación de una Comisión del Nilo Azul, inspirada en el modelo de la Comisión del Mekong, sería clave. Este organismo funcionaría como un ente neutral encargado de supervisar el uso de la Gran Presa del Renacimiento Etíope (GERD), gestionar la distribución del agua y promover proyectos conjuntos para enfrentar el cambio climático y mejorar la infraestructura hídrica en la región.

Desde el enfoque del **liberalismo**, este escenario se basa en la cooperación internacional como herramienta para reducir la incertidumbre y prevenir conflictos. La existencia de una institución compartida ayudaría a mantener la estabilidad regional al proporcionar un marco legal y diplomático que regule el acceso al agua y garantice su distribución equitativa. La transparencia

en la operación de la GERD, junto con mecanismos de monitoreo en los que participen los tres países, disminuiría la posibilidad de malentendidos y reduciría las tensiones. Además, incluir actores externos como la Unión Africana o el Banco Mundial como mediadores y garantes del acuerdo aumentaría la confianza entre las partes y fortalecería el compromiso con la cooperación.

Desde el constructivismo, este escenario también tiene una dimensión clave: no basta con crear instituciones, sino que es necesario cambiar la forma en que cada país percibe su relación con el Nilo Azul. Históricamente, Egipto ha visto el acceso al río como un tema de seguridad nacional, mientras que Etiopía ha presentado la GERD como un símbolo de independencia y desarrollo. Sin embargo, en un contexto de cooperación, estas narrativas pueden transformarse en una visión de interdependencia regional, donde el agua deja de ser motivo de competencia y se convierte en una oportunidad para la integración. Si los tres países adoptan discursos basados en la colaboración y en la gestión conjunta, el acuerdo no solo tendría mayor legitimidad, sino que también aumentaría sus posibilidades de éxito a largo plazo.

Los efectos de este escenario serían múltiples. Etiopía podría consolidar la operación de la GERD con respaldo internacional, asegurando la producción de energía hidroeléctrica y abriendo nuevas oportunidades para exportarla a precios competitivos. Egipto y Sudán, al garantizar un flujo de agua estable, podrían planificar con mayor certeza su producción agrícola y su abastecimiento hídrico, reduciendo los riesgos asociados a la variabilidad climática. Además, trabajar juntos en infraestructura y adaptación climática permitiría repartir los costos de inversión y maximizar los beneficios económicos, lo que generaría incentivos políticos para mantener el acuerdo en el tiempo.

En un mundo donde los recursos hídricos están cada vez más presionados por el cambio climático y el crecimiento de la población, este acuerdo sobre el Nilo Azul podría convertirse en un modelo de gestión de ríos transfronterizos en otras regiones. Transformar el conflicto en una relación de beneficio mutuo no solo ayudaría a estabilizar el noreste de África, sino que también establecería un marco institucional sólido para garantizar el desarrollo sostenible de los tres países involucrados.

Escenario 2: Conflicto prolongado

En un escenario de conflicto prolongado, las negociaciones entre Etiopía, Egipto y Sudán no logran llegar a una solución efectiva, lo que agrava las tensiones entre los tres países. La disputa por el control del Nilo Azul sigue sin resolverse, y cada nación adopta posturas más rígidas para proteger sus intereses estratégicos. Etiopía continúa operando la Gran Presa del Renacimiento Etíope (GERD) de manera unilateral, defendiendo su derecho soberano sobre el recurso hídrico, mientras que Egipto percibe esta acción como una amenaza directa a su seguridad hídrica y ejerce presión para limitar el control etíope sobre el flujo del río. Sudán, con intereses divididos, oscila entre respaldar a Egipto en su demanda de un caudal estable y beneficiarse del potencial hidroeléctrico de la GERD, sin asumir una postura firme en la disputa.

A medida que la confrontación se prolonga, las estrategias de presión se intensifican. Egipto recurre a sanciones económicas y diplomáticas para debilitar la posición etíope y fortalece sus alianzas con actores regionales como Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos. A nivel discursivo, el gobierno egipcio refuerza la idea de que cualquier cambio en el flujo del Nilo representa una amenaza existencial para su población, lo que justifica la posibilidad de tomar medidas más drásticas. Etiopía, por su parte, acelera sus alianzas estratégicas con China y Turquía para asegurar financiamiento e infraestructura, permitiéndole operar la GERD sin depender de acuerdos internacionales previos. La falta de un marco de cooperación efectivo impide que los tres países gestionen juntos el recurso, aumentando la incertidumbre sobre el futuro del conflicto y su impacto en la estabilidad de la región.

Desde la perspectiva del realismo, este escenario refleja una lucha de poder donde los Estados priorizan su seguridad por encima de la cooperación. La competencia por el agua ocurre en un sistema anárquico, en el que cada nación intenta maximizar su control sobre los recursos estratégicos sin confiar en mecanismos de resolución colectiva. Egipto, que históricamente ha tenido el dominio sobre la gestión del Nilo, busca mantener su influencia, mientras que Etiopía insiste en consolidar su autonomía energética y económica sin aceptar restricciones impuestas por acuerdos previos. Sudán, atrapado entre ambos, toma decisiones en función de su conveniencia inmediata, sin asumir un rol claro en la disputa. Como señala Waterbury (1979), los conflictos hídricos en el Nilo han sido históricamente una manifestación de la lucha de poder regional, donde la hegemonía y la resistencia moldean las interacciones entre los países

ribereños. Sin un equilibrio claro de poder, la confrontación tiende a intensificarse en lugar de resolverse.

Desde el constructivismo, también es importante entender cómo las narrativas nacionales contribuyen a la escalada del conflicto. Egipto ha construido un discurso en el que cualquier alteración del flujo del Nilo se percibe como una amenaza directa a su estabilidad, lo que refuerza su postura de confrontación. Etiopía, en cambio, presenta la GERD como un símbolo de justicia histórica y soberanía, promoviendo la idea de que la presa es un derecho legítimo que no puede verse condicionado por presiones externas. Sudán, por su parte, carece de una narrativa nacional clara sobre el conflicto, lo que lo mantiene en una posición ambigua dentro de la disputa.

Las consecuencias de un conflicto prolongado se sentirían tanto a nivel nacional como regional. Etiopía enfrentaría sanciones económicas y restricciones que dificultarían su acceso a financiamiento internacional, lo que ralentizaría sus proyectos de infraestructura y afectaría la operación óptima de la GERD. Egipto y Sudán, por su parte, experimentarían un aumento en la inseguridad hídrica, impactando directamente su producción agrícola y su abastecimiento de agua potable, lo que intensificaría la presión social y política sobre sus gobiernos. La inestabilidad derivada del conflicto también desalentaría la inversión extranjera y aumentaría la posibilidad de que actores externos, como la Unión Africana, Estados Unidos o China, intervengan en la disputa para mediar o para favorecer sus propios intereses estratégicos.

Si no se encuentra una solución efectiva, el Nilo Azul se consolidará como un punto de tensión permanente en el noreste de África. En ausencia de acuerdos vinculantes, el agua seguirá siendo un factor de competencia estratégica en lugar de un recurso compartido para el desarrollo regional. La falta de confianza entre los tres países y la permanencia de discursos opuestos impedirán cualquier intento de cooperación, prolongando un conflicto que, lejos de resolverse, se convertirá en un elemento estructural de las relaciones de poder en la región.

Escenario 3: nuevas alianzas

En un contexto de tensiones prolongadas, la falta de acuerdos sobre la gestión del Nilo Azul lleva a Etiopía, Egipto y Sudán a buscar apoyo en aliados internacionales, transformando el conflicto en una disputa geopolítica de mayor escala. Cada país, ante la imposibilidad de alcanzar consensos multilaterales, refuerza su posición a través de nuevas alianzas estratégicas.

Etiopía, al seguir operando la Gran Presa del Renacimiento Etíope (GERD) sin acuerdos claros con sus vecinos, encuentra respaldo en China y Turquía, que le proporcionan financiamiento y apoyo técnico para garantizar la viabilidad del proyecto hidroeléctrico. Egipto, en respuesta, fortalece sus relaciones con potencias occidentales como Estados Unidos, además de estrechar lazos con Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos, que han manifestado su preocupación por el control de los recursos hídricos en el noreste de África. Sudán, con una posición más frágil, se convierte en un punto de disputa entre estos bloques, enfrentando presiones diplomáticas y económicas que lo obligan a tomar partido en el conflicto.

Este escenario responde a la lógica del realismo, donde los Estados buscan maximizar su poder mediante alianzas estratégicas en un entorno competitivo. La disputa por el Nilo Azul deja de ser un conflicto estrictamente regional para convertirse en un problema de equilibrio de poder con la participación de actores internacionales con intereses en África. Etiopía, al alinearse con China y Turquía, busca asegurar su autonomía sobre la GERD sin depender de organismos occidentales, mientras que Egipto, respaldado por Estados Unidos y sus aliados del Golfo, intenta mantener su hegemonía hídrica. En este contexto, las alianzas no se basan en valores compartidos, sino en la necesidad de contrarrestar amenazas y garantizar ventajas estratégicas.

Desde el constructivismo, esta dinámica también refuerza las identidades nacionales dentro de cada bloque, intensificando la confrontación. En Etiopía, la narrativa de la GERD como un símbolo de soberanía y justicia histórica se consolida, reforzando la idea de que el control del Nilo Azul es un derecho innegociable. Egipto, en cambio, sigue promoviendo la visión de que cualquier alteración en el flujo del río representa una amenaza existencial, justificando su búsqueda de apoyo internacional para proteger su seguridad hídrica. Sudán, atrapado entre ambas posturas, enfrenta dificultades para mantener una política exterior independiente, lo que puede provocar divisiones internas dentro de su gobierno y sociedad.

El impacto de este escenario va más allá de las fronteras de los tres países. Etiopía logra avanzar en la consolidación de la GERD, pero su creciente dependencia de China y Turquía reduce su autonomía económica y política, dando lugar a nuevas dinámicas de influencia en la región. Egipto y Sudán, al estrechar sus relaciones con Occidente y los países del Golfo, pueden beneficiarse temporalmente de inversiones y respaldo diplomático, pero la polarización de la región amenaza su estabilidad a largo plazo. La intervención de actores externos no solo dificulta la resolución del conflicto, sino que también puede intensificar la competencia por los

recursos hídricos, aumentando el riesgo de crisis diplomáticas e incluso enfrentamientos indirectos entre los bloques.

A medida que las alianzas se afianzan, la disputa por el Nilo Azul se convierte en un reflejo de tensiones geopolíticas más amplias, donde el acceso al agua se mezcla con rivalidades estratégicas globales. En lugar de avanzar hacia una solución sostenible, la creciente influencia de potencias extranjeras en la región profundiza la fragmentación y reduce las posibilidades de cooperación. Sin mecanismos de mediación efectivos y con una creciente dependencia de actores externos, el conflicto por el Nilo Azul se vuelve un elemento estructural de inestabilidad en el noreste de África, con consecuencias que van más allá del agua y afectan la seguridad y el desarrollo de toda la región.

V. BIBLIOGRAFÍA

Abbink, J. (2006). *The Nile Basin and the Politics of Water*. *Journal of Eastern African Studies*. Recuperado de <https://d1wqtxts1xzle7.cloudfront.net>

Africaye. (2016). *La Gran Presa del Renacimiento Etíope*. Recuperado de <https://www.africaye.org/gran-presa-renacimiento-etiope/>

Allan, J. A. (2001). *The Middle East Water Question: Hydropolitics and the Global Economy*. I.B. Tauris.

Britannica. (n.d.). *Treaty of Wichale*. Encyclopedia Britannica. Retrieved February 6, 2025, from <https://www.britannica.com/event/Treaty-of-Wichale>

Conway, D. (2005). *From headwater tributaries to international river: Observing and adapting to climate variability and change in the Nile Basin*. *Global Environmental Change*, 15(2), 99–114.

Emam, K. (2024). *Agua, paz y política: la presa del renacimiento etíope de la polarización a la prosperidad*. ConnexUs. Recuperado de <https://cnxus.org/es/resource/water-peace-and-politics-the-ethiopian-renaissance-dam-from-polarization-to-prosperity/>

Embajada Abierta. (2022). *El conflicto por la represa del Nilo: historia y perspectivas*. Recuperado de <https://www.embajadaabierta.org/post/el-conflicto-por-la-represa-del-nilo>

Foreign Affairs Latinoamérica. (2019). *Neoimperialismo y la limitación de la soberanía en el siglo XXI*. Recuperado de <https://revistafal.com>

Forji, A. G. (2020). *Colonialism, Nationalism, and Post-Colonialism: African and Middle Eastern Perspectives*. Routledge.

Flors-Orrit Calmet & Valls Carafí. (2021). *N/A*.

Le Monde. (2024, octubre 21). *L'Égypte essuie un nouveau camouflet dans son bras de fer sur le Nil*. Le Monde. https://www.lemonde.fr/afrique/article/2024/10/21/l-egypte-essuie-un-nouveau-camouflet-dans-son-bras-de-fer-sur-le-nil_6357499_3212.html

Musau, A. (2023). *The Role of Regional Organizations in Conflict Resolution: The Case of the African Union and the Nile Dispute*. Scientific Research Publishing. Recuperado de <https://www.scirp.org/journal/paperinformation?paperid=122766>

Pauselli, G. (2013). *Teorías de relaciones internacionales y la explicación de la ayuda externa*. *Revista Iberoamericana de Estudios de Desarrollo*, 2(1), 72-92.

Parra, J. M. (2024). *La presa de Asuán, un proyecto faraónico con muchos pros y algunos contras*. *Historia y Vida*. Recuperado de <https://www.lavanguardia.com/historiayvida/historia-contemporanea/20240515/9639396/presa-asuan-proyecto-faraonico-pros-contras.html>

Pineda González, G. M. (2015). *El conflicto del agua en la cuenca del Nilo y su impacto en las relaciones interestatales entre Etiopía y Egipto*. Universidad del Rosario. Recuperado de <https://repository.urosario.edu.co>

Reda, L. (2019). *La rivalidad por el Nilo: Entre la cooperación y el conflicto*. *MEAH. Sección Árabe-Islam*, 68(1), 215-229. Recuperado de <https://revistaseug.ugr.es>

Reda, M. (2019). *The Post-Bashir Era: A New Dawn in Sudanese Politics*. *Journal of African Studies*, 45(3), 127-140.

Revista de Estudios Colombianos. (2023). *El Tratado Anglo-Etíope de 1902 y sus implicaciones en la gestión del Nilo*. Recuperado de revistas.udea.edu.co

Revista de Estudios Políticos. (2023). *El realismo estructural y los conflictos hídricos en África: El caso de la presa del Renacimiento*. Recuperado de <https://revistas.udea.edu.co/index.php/recp/article/download/354866/20812205/288013>

Saavedra Gutiérrez, M. (2019). *Política del agua en el Nilo: Análisis de los intereses de Egipto, Etiopía y Sudán*. *Anuario Mexicano de Derecho Internacional*, 19(1), 387-419. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es>

- Salem, S. (2018). *Liberalism in crisis: Egypt's failed experiment in the 20th century*. *Middle East Review*, 12(4), 45–60.
- Salman, S. M. A. (2013). *The Nile Basin Cooperative Framework Agreement: A peacefully unfolding African spring?* *Water International*, 38(2), 229–245.
- Shinn, D. H., & Ofcansky, T. P. (2013). *Historical Dictionary of Ethiopia*. Scarecrow Press. Recuperado de <https://books.google.com>
- Sika, N. (2019). *The politics of authoritarian resilience in the Middle East*. *Al-Ahram Center for Strategic Studies*.
- Swain, A. (2011). *Challenges for Water Sharing in the Nile Basin: Mediation and Cooperation Strategies*. *International Journal of Water Resources Development*, 27(4), 631-646.
- Swain, A. (2011). *Challenges for water sharing in the Nile Basin: Changing geopolitics and changing climate*. *Hydrological Sciences Journal*, 56(4), 687–702.
- Universidad Externado de Colombia. (2020). *La Presa del Renacimiento: Un nuevo desafío geopolítico en el Nilo*. Recuperado de uexternado.edu.co
- Universidad Externado de Colombia. (2020). *Construcción de la Presa del Renacimiento Eíope: Negociación y Conflicto*. Recuperado de <https://www.uexternado.edu.co/wp-content/uploads/2020/12/presa-del-Renacimiento.pdf>
- Waterbury, J. (1979). *Hydropolitics of the Nile Valley*. Syracuse University Press. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/4282899>
- Woldetsadik, T. K. (n.d.). *International Watercourses Law and the Nile River Basin*. Recuperado de <https://www-taylorfrancis-com.ezproxy.lib.utexas.edu>
- Ylönen, A. (2021). *Disputas por los recursos hídricos en África: El caso del Nilo Azul*. *Papeles del CEA*, 25(1), 37-54. Recuperado de <https://centrestudisafricans.org>
- Zeitoun, M. (2011). *The global web of national water security*. *Global Policy*, 2(3), 286–296.

Zeitoun, M., & Allan, J. A. (2008). *Applying hegemony and power theory to transboundary water analysis*. *Water Policy*, 10(2), 3–12.

Zeitoun, M., & Allan, J. A. (2008). *Reinforcing hegemonic relations in the Nile River Basin*. *Water Policy*, 10(S2), 1–19. <https://doi.org/10.2166/wp.2008.210>